



IX CONGRESSO PORTUGUÊS DE SOCIOLOGIA

Portugal, território de territórios

ÁREA TEMÁTICA: Territórios: Cidades e Campos [AT]

¿QUÉ HAY DE NUEVO EN TORNO A LA URBANIZACIÓN EN AMÉRICA LATINA?

QUIÑONEZ LEÓN, Efraín;

Instituto de Investigaciones Histórico-Sociales. Universidad Veracruzana;
efrain.quinonezleon@icloud.com

Resumo

Até a década de 70 do século passado, a América Latina experimentou um processo de urbanização que significou um crescimento acelerado de algumas cidades como Cidade do México, Santiago do Chile, Buenos Aires na Argentina, Bogotá na Colômbia e São Paulo no Brasil. Na década de 80, novas dinâmicas foram impostas com a implementação de políticas neoliberais que intensificaram o processo de ocupação do espaço, exacerbando os problemas não resolvidos do período anterior. A cidade neoliberal está inserida nos circuitos globais de comunicação, fluxos populacionais transterritoriais, impulsionada por uma revolução tecnológica que não suprimiu nossas diferenças. Se as cidades latino-americanas suportaram a deserção de grandes contingentes de população rural que se estabeleceram em favelas ou bairros-favela típicos do entorno de ambientes urbanos degradados, hoje em dia essa tendência parece ter piorado. Neste sentido, o presente trabalho tem como objetivo fornecer uma visão geral das novas dinâmicas de urbanização na América Latina, tomando como exemplo algumas das cidades mencionadas anteriormente. Nossas reflexões buscam também contribuir para o exercício comparativo em torno dos novos padrões de crescimento das cidades.

Abstract

Until the 70s of last century, Latin America experienced an urbanizing process that meant an overflowing growth of some cities such as Mexico City, Santiago in Chile, Buenos Aires in Argentina, Bogota in Colombia or Sao Paulo in Brazil. In the 80s, new dynamics were imposed with the implementation of neoliberal policies that accelerated the process of occupation of space, exacerbating the unresolved problems of the previous period. The neoliberal city is inserted into the global circuits of communication, transterritorial population flows, based on a technological revolution that brings us closer without suppressing our differences. If Latin American cities that endured the desertion of large contingents of rural population and settled in shantytowns, or favelas characteristic neighborhoods degraded urban environments; nowadays the trend seems to have worsened. Based on these ideas, this paper aims to provide an overview of the new dynamics of urbanization in Latin America, taking as axis some of the most emblematic cases described above. Our reflections also attempt to contribute to a kind of comparative exercise around the new patterns of growth of cities.

Palavras-chave: Urbanização; cidade neoliberal; desindustrialização; pobreza.

Keywords: Urbanization; neoliberal city; deindustrialization; poverty.

[COM0465]

Introducción

En este trabajo nos propusimos una tarea nada sencilla. Intentar explicar las principales tendencias de la urbanización en América latina y extraer las consecuencias fundamentales del proceso, es una labor que rebasa con mucho nuestro entusiasmo inicial. Las razones de ello obedecen a la gran diversidad existente entre los países que integran Latinoamérica. En efecto, la región de América Latina y el Caribe se integra por un conjunto de más de 40 países y territorios dependientes, lo cual dificulta hacer comparaciones entre ellos. Así, encontramos que la composición demográfica es muy distinta, al igual que su geografía, sus culturas, gobiernos o regímenes políticos y, desde luego, la base material de los sistemas económicos son también diversos, aunque buena parte de los países son exportadores principalmente de materias primas.

No obstante, las dinámicas de la urbanización global afectan en formas muy semejantes a nuestros países. El modelo de economías abiertas que se implantó en todo el orbe desde los 80 ha afectado el patrón del desarrollo urbano en prácticamente todos los países de América Latina. Los efectos de la globalización económica, social, cultural e informacional se traducen en impactos concretos en los espacios locales y son las ciudades donde estos se experimentan más directamente. Desde el cono sur hasta México, la dinámica expansiva de las ciudades ha tenido como consecuencia una modificación del espacio debido al crecimiento horizontal de la mancha urbana, la rehabilitación de zonas degradadas en entornos urbanos consolidados que, a su vez, han favorecido la turistización de lugares emblemáticos por el alto valor histórico y arquitectónico que a menudo se les atribuye. Al mismo tiempo, se suman amplios segmentos del territorio en condiciones hiperdegradadas para un grupo mayoritario de la población cuya incorporación al mercado laboral ocurre en situaciones muy precarias.

Bajo esta lógica, lo que ha terminado por imponerse son las distintas maneras de privatización de los espacios y servicios públicos que anteriormente eran proporcionados por el Estado; lo cual ha significado también el incremento en los precios de dichos bienes, provocando una mayor desigual y exclusión. Los efectos estructurales de estas medidas nos conducen a una suerte de polarización y segmentarización de lo social entre una minoría que puede pagar los altos costos que ahora significa vivir en la ciudad, de una mayoría que no puede tener acceso a los bienes que presupone el derecho a la ciudad.

Paralelamente, se han impulsado también grandes proyectos urbanísticos en infraestructura y, en general, significativos estímulos al capital inmobiliario transnacional que ha invertido en la construcción edificios corporativos o la gentrificación particularmente en las zonas centrales de las grandes metrópolis.

Por lo tanto, así como podemos encontrar similitudes entre los países de América Latina y el Caribe en torno a la pobreza y la desigualdad, por ejemplo; igualmente podemos encontrar divergencias en la morfología de las ciudades, las características de la población o el medio ambiente.

Cabe advertir, sin embargo, que el establecimiento del modelo neoliberal en las ciudades no sólo de América Latina y el Caribe sino del mundo, no ha estado exento de fenómenos de resistencia de amplios colectivos sociales en protesta por la exclusión y la desigualdad que en la práctica conduce este sistema. En ese sentido, América Latina y el Caribe ha sido el escenario para ensayar propuestas para atenuar los efectos desestructuradores de las políticas neoliberales en el espacio urbano.

En las líneas que siguen, pretendemos hacer un acercamiento a estos temas desde una mirada panorámica. Nuestro interés consiste en mostrar semejanzas y diferencias que ayuden a comprender las complejidades del fenómeno de la urbanización y también señalar los principales cambios ocurridos en la última fase de expansión de las ciudades en esta región. Al mismo tiempo, queremos poner algún énfasis en los principales problemas detectados.

1. Un contexto necesario

1.1 De la sociedad rural a la urbana

En los últimos setenta años, América Latina ha transitado por dos periodos claramente definidos de urbanización. El primero abarca de los años 40 hasta los 70 del siglo pasado y coincide plenamente con el modelo sustitutivo de importaciones que estimuló una concentración vigorosa de la población en las ciudades a través de la migración campo-ciudad, favorecida también por altas tasas de fecundidad (Pinto, 2002). Este hecho tuvo como consecuencia la creación de barrios marginales en las periferias de las ciudades, con frecuencia carentes de los servicios públicos más indispensables y una ostensible precariedad en los materiales de construcción de las viviendas. Con frecuencia, estos asentamientos se producían sobre la base de la ocupación ilegal de suelo urbano, susceptible de ser incorporado a la ciudad después de muchos años de lucha de sus pobladores, a menudo usados como clientelas políticas por distintas expresiones partidistas. Este modelo se agota en los 70 cuando los gobiernos aplican políticas represivas de limpieza de amplias zonas de vivienda precaria en los diversos países latinoamericanos.

Paralelamente a esto, se deja ver en este periodo una marcada tendencia favorable en la esperanza de vida de la población, en parte debido a las políticas sanitarias y de salud que incidieron en que la ciudadanía incrementara sus años de existencia. En efecto, los datos agregados para América Latina y el Caribe indican que mientras en los años 30 del siglo pasado se vivía en promedio 34 años, hacia la década de los 80 la esperanza de vida se había incrementado casi 30 años más, en tanto que las personas podían alcanzar entre 60 y 70 años de vida (Gilber, 1997).

En buena medida, los cambios en este primer ciclo urbanizador también se explican por las transformaciones ocurridas en el campo, que tuvieron como consecuencia la existencia de población excedentaria, misma que se vio obligada a abandonar sus lugares de origen. Además, se promovieron cambios en los patrones de cultivo, se profundizó y facilitó una mayor concentración de la propiedad de la tierra; al mismo tiempo en que penetraban cada vez más las relaciones capitalistas en el agro (Pinto, 2002).

Pese a esta primera ola urbanizadora y de concentración de la población en ciudades de los países latinoamericanos, a mediados del siglo pasado todavía la mayoría de ellos vivía en espacios rurales y pequeñas comunidades; salvo los casos de Argentina, Chile, Uruguay y Cuba que desde los años 50 la mayoría de la población vivía en ciudades.

No obstante, la deserción de los habitantes de las zonas rurales provocada por los cambios arriba apuntados, dio como resultado una migración campo-ciudad que alteró las tasas de crecimiento en las zonas urbanas. Hacia mediados de la pasada centuria, por ejemplo, algunas ciudades latinoamericanas crecían a tasas de aproximadamente 7% anual en promedio. Este fue el caso de Caracas, Cali, Sao Paulo y Guadalajara; mientras que en los años 70, los ya grandes monstruos urbanos de la Ciudad de México y Sao Paulo incorporaban poco más de 4 millones de habitantes a su entorno (Gilbert, 1997).

¿Cómo pudo absorberse una cantidad importante de la mano de obra que emigraba constantemente del campo a la ciudad? En buena medida esto se debió a un largo ciclo de prosperidad económica que se denominó desarrollo estabilizador, en el que se aplicaron grandes inversiones sobre todo en infraestructura que desembocaron en un incremento del empleo. También se dinamizaron otros sectores de la economía, como el comercio y los servicios que igualmente generaron algunas fuentes de trabajo; mientras que, paralelamente, se desarrollaba cierta economía informal, particularmente en el ramo del comercio. Asimismo, el sector público que en buena medida había ofrecido los estímulos necesarios para impulsar este ciclo de prosperidad económica, también crecía absorbiendo cada vez más personas en su ámbito, como en el incremento de la burocracia y trabajos diversos, como en el sector de la salud, la educación y las empresas estatales. “Muchos de los recién llegados trabajaban por un sueldo ínfimo, pero el desempleo era bajo y pocos se encontraban en peores condiciones que las que padecían en el campo” (Gilbert, 1997).

Este periodo caracterizado por una relativa bonanza económica, provocó también que la industria de la construcción y el transporte vivieran un momento exitoso en sus inversiones debido al incremento en la demanda de vivienda y de servicios para la movilidad de la población, conforme el crecimiento de las ciudades exigía la conexión a las zonas de empleo y recreación de los nuevos asentamientos humanos.

Entonces, llegamos a los años 80 con un escenario en el que la urbanización se había dinamizado de tal forma que la mayoría de los países habían transformado los equilibrios entre campo y ciudad, al convertirse en lugares con una población mayoritariamente urbana.

Desde luego, todos estos cambios tuvieron su propio impacto en el paisaje urbano, modificando el rostro y componentes de las ciudades, pese a las múltiples diferencias que las caracterizan. Con otras palabras, no obstante la diversidad ambiental y poblacional de las ciudades latinoamericanas, existen algunas similitudes en cuanto a las transformaciones derivadas de la expansión urbana de mediados del siglo pasado que venimos comentando.

Una primera semejanza tiene que ver con el modelo urbanístico que se fue madurando durante el periodo. En efecto, cuando no se destruyeron los centros históricos del pasado colonial, las ciudades latinoamericanas fueron adoptando la forma americana del desarrollo urbano que no sólo se expresa en su morfología (a menudo un tanto híbrida por la cohabitación de una arquitectura moderna frente a las del pasado indígena y colonial) sino, además, en el orden simbólico y el uso de los artefactos de la vida moderna (Gilbert, 1997).

Otro elemento que merece ser destacado es el del empleo. Si bien las ciudades de América Latina lograron absorber a la fuerza de trabajo que había migrado del campo a la ciudad y, también, a la que se iba incorporando a la vida laboral en sus propios contextos, no es menos cierto que la capacidad de satisfacer la demanda de puestos de trabajo resultó superior a la oferta. Por lo tanto, una salida para amplios sectores de la población fue el de intentar sobrevivir a través de alguna actividad u oficio dentro de la economía informal. Son precisamente estos segmentos de la población los que van integrando una masa numerosa de pobres en las periferias urbanas de América Latina (Gilbert, 1997).

Ahora bien, debemos mencionar también que en términos de las semejanzas que venimos apuntando es importante añadir aquellas que operan sobre todo en el plano cultural, expresándose en determinadas formas de consumo y estilos de vida. Así, la vida en las ciudades transcurre entre un uso intensivo del transporte privado y público, la proliferación de supermercados y su asistencia masiva, y la multiplicación de lugares de recreación. Al mismo tiempo, los estilos arquitectónicos de la vivienda de élite adquieren un inconfundible acento americano con la construcción de casas tipo californiano; mientras que la clase media se aloja en departamentos horizontales y los pobres batallan mediante la autoconstrucción (Gilbert, 1997).

Recapitulando, este periodo se destaca por una cierta prosperidad económica que estimuló un incremento en la emigración del campo a la ciudad y una mayor urbanización que provocó un aumento de la población en las ciudades latinoamericanas; al mismo tiempo en que se adoptaba y adaptaba el modelo de ciudad norteamericano y se asumían nuevos estilos de vida a través de los modernos medios de comunicación. Paralelamente, se generaron distintos modos de apropiación del espacio habitable y la construcción de vivienda respondió a las expectativas y aspiraciones de los distintos sectores sociales, mientras crecía un ejército de pobres con ingentes carencias que hacían evidente las desigualdades y la polarización de la sociedad en la ciudad.

1.2 La ciudad en tiempos neoliberales

La siguiente etapa inicia en los años 80 y cobró un mayor dinamismo durante los 90. En estos años los países latinoamericanos experimentaron graves consecuencias financieras debido a la crisis de la deuda, procesos de apertura comercial, una redefinición del papel del Estado como agente del desarrollo, la mayoría de ellos transitaron a la democracia y renovaron sus marcos constitucionales, la ciudadanía adquirió un papel cada vez más protagónico y se observan transformaciones culturales importantes que tienen una base tecnológica

que favorece los intercambios, redefiniendo el papel de la ciudadanía en su calidad de consumidores. Como resultado de todo ello, se implanta un nuevo patrón de urbanización en el que ocurren varios procesos simultáneos. Para empezar, ocurre una aceleración de los procesos urbanizadores en el espacio provocando la emergencia de megaciudades o lo que actualmente se conoce como hiperurbanización (Davis, 2014).

Si el ciclo anterior recibió estímulos a partir de una tasa de fecundidad favorable, en el nuevo contexto ocurre una desaceleración del crecimiento demográfico provocado por una disminución de la fecundidad en las concentraciones urbanas más grandes, cosa que tuvo un impacto en la tasa de crecimiento anual de las megaciudades al disminuir hasta menos del 2 por ciento (Gilbert, 1997).

No obstante que las grandes concentraciones urbanas de América Latina habían disminuido sus tasas de crecimiento, en el nuevo escenario neoliberal el dinamismo se trasladó a las ciudades de rango medio porque para las grandes empresas las megaciudades incrementaban sus costos en tiempo y dinero. Como dice Gilbert (1997), en los grandes conglomerados urbanos las empresas “se ven obligadas a pagar más por los terrenos, padecen mayores congestionamientos de tránsito y sus costos laborales son más elevados que si operaran en otro lugar” (pp. 196).

Simultáneamente al crecimiento de áreas urbanas de rango medio en algunos países; en otros, megaciudades como Lima o incluso Buenos Aires, continúan teniendo una concentración desproporcionada en relación a las ciudades que les siguen en términos del número de habitantes que viven en ellas. En otras palabras, Lima tiene aproximadamente 10 millones de habitantes (9, 886,600) y es 11 veces más grande que Arequipa, que únicamente tiene una población de 869,400 habitantes. Un caso parecido ocurre entre Buenos Aires y Córdoba, mientras que la primera tiene un poco menos de 15 millones de habitantes (14,576 300), la segunda apenas llega al 1.5 millones (1,560 900); lo que significa que Buenos Aires es 10 veces mayor que Córdoba en términos del número de habitantes por ciudad.

Ahora bien, Brasil y México continúan siendo los grandes gigantes de la urbanización en América Latina, en tanto que conservan desde el periodo anterior los núcleos urbanos más dinámicos por su crecimiento espacial y poblacional, como lo son Sao Paulo y la ciudad de México. En ambos casos, lo que constituye propiamente la zona urbana metropolitana de ambas ciudades rebasa los 20 millones de habitantes. La ciudad de México, por ejemplo, se extiende hacia municipios del contiguo Estado de México, pero su área de influencia incluso va más allá de esta zona e incorpora a los Estados vecinos de Querétaro¹, Hidalgo, Morelos, Puebla y Tlaxcala.

Esta nueva ola de crecimiento urbano en los países de América Latina, según Carrión (2001), obedece a tres factores que aparecen imbricados en el nuevo escenario apertura e intercambios más intensos. En primer lugar, sitúa los cambios demográficos destacando que, aun cuando los grandes conglomerados urbanos han logrado bajar sustantivamente sus tasas de crecimiento natural (1.5%), en términos absolutos las megaciudades reciben todavía una cantidad importante de habitantes.

Otro de los fenómenos que está modificando los patrones de urbanización es la globalización. En efecto, para Carreón (op. cit), más allá del carácter polifacético de este proceso, en tanto que incide en los planos cultural, económico, social y político, sus efectos se condensan o territorializan en determinados lugares estratégicos “para proyectarse de manera ubicua” en el planeta. “Sin embargo, lo local sólo tiene viabilidad en un número reducido de sitios y de acuerdo al lugar que tenga dentro del sistema urbano global”. Sobre esta base se plantean un conjunto muy amplio de reformas, como la apertura comercial, las privatizaciones, la reforma del Estado y la descentralización de funciones y recursos, así como los incentivos que deben promoverse para la competitividad.

Finalmente, está elemento de la revolución tecnológica (el desarrollo de nuevos sistemas de transporte, la accesibilidad de los mismos, los nuevos medios de comunicación; entre otros) que no sólo permite abreviar las distancias entre países y seres humanos incentivando entre nosotros la percepción de estar más cerca de lo que imaginábamos apenas hace menos de 30 años. La base tecnológica de los cambios actuales presenta dos modalidades en cuanto a su impacto, uno de ellos se presenta en el plano espacial y el otro en el cultural. En

el primer caso, se trata de una suerte de resignificación del espacio que superan las fronteras nacionales por la impronta generalización del mercado. En el segundo, se asume el papel imprescindible e irrenunciable de los modernos medios de comunicación como vehículos de socialización en el sociedad (pos) moderna, sin anular las viejas forma de integración social y cultural.

Estos elementos constituyen el sustrato en el que operan las presentes transformaciones sociales, los cuales tienen consecuencias en diferentes planos de la vida de las personas y en los diversos territorios en los que habitan. Lo que en la experiencia urbana significa la emergencia de ciudades globales o aquellos territorios en que el capitalismo neoliberal implanta sus dinámicas, acelerando las viejas contradicciones no resueltas en etapas previas, todas ellas condensadas en el gigantismo urbano que hoy se presenta en América Latina.

Por su parte, Mike Davis (2006), con base en datos oficiales de organismos internacionales, nos plantea en su diagnóstico sobre las condiciones de la urbanización global que asistimos al crecimiento exponencial de las ciudades en todos los rincones de la tierra. En otras palabras, se trata del crecimiento cada vez más intenso de las concentraciones urbanas y de una dinámica todavía más acelerada en los llamados países emergentes, particularmente en África, Asia y América Latina.

La amplia movilidad de las personas y su concentración en zonas urbanas ha dado lugar a la creación de megaciudades, como las zonas metropolitanas de Tokio, la ciudad de México, New York o Seúl. Todas estas macrociudades tienen como característica el haber rebasado los 15 millones de habitantes en su seno y es muy probable que, a estas alturas, estén cerca de los 20 millones o incluso ya hayan superado esta cifra.

“Las explosivas ciudades del Tercer Mundo también están tejiendo nuevas y extraordinarias redes, corredores y jerarquías urbanas. En Sudamérica, los geógrafos actualmente hablan sobre un nuevo monstruo conocido como RSPER (Región Metropolitana de Río-Sao Paulo), que incluye las ciudades de tamaño medio situadas en el eje de comunicaciones que une los 500 kilómetros que separan ambas ciudades, así como la extensa región industrial en torno a Campinas. Con una población actual de 37 millones de habitantes, esta nueva criatura ya supera al corredor formado por Tokio-Yokohama. De igual forma, la ameba gigante que es Ciudad de México después de haberse tragado a Toluca, está extendiendo los seudópodos que acabarán por abarcar gran parte de México Central, incluyendo a las ciudades de Cuernavaca, Puebla, Cuautla, Pachuca y Querétaro para formar una única megalópolis que para mediados del siglo XXI tendrá una población aproximada de 50 millones (alrededor del 40 por 100 del total nacional)” (pp. 16).

Davis prevé que las nuevas modalidades de la urbanización centrada en ciudades globales cambiarán el eje mismo y el motor de estas concentraciones poblacionales. Si en todo el siglo XIX y XX la dinámica de la urbanización ocurría sobre todo en los países europeos y los Estados Unidos, las nuevas conformaciones socio-espaciales estarán ubicadas en los países emergentes teniendo como uno de los centros más dinámicos el sudeste asiático. “Cuando acabe de tomar forma en el próximo siglo, esta gigantesca amalgama de ciudades en forma de dragón, será la culminación física y demográfica de milenios de evolución urbana y el auge de la costa este de Asia elevará a Tokio-Shanghái a la categoría de <<ciudades globales>>, comparable en el control global de los flujos de capital e información al eje Nueva York-Londres” (pp. 17).

Otro de los elementos asociados tiene que ver con los cambios que ha sufrido el modelo de urbanización a través de todas estas experiencias. En efecto, si el patrón de la urbanización –digamos- clásico estuvo vinculado a la industrialización, las nuevas dinámicas urbanas tienden a separar e incluso ir en sentidos opuestos, es decir, cada vez resulta menos consistente la correlación entre patrones de urbanización e industrialización. Todo esto nos indica que la emergencia del “gigantismo” urbano a menudo se corresponde con procesos de desindustrialización o, mejor dicho, una suerte de reversión de la dinámica de la industrialización clásica². La concentración masiva de la población, ligada a la fuerza centrífuga que significa la industrialización descentrada estimulada por los procesos globalizadores en curso, constituyen los elementos principales cuyas consecuencias espaciales se manifiestan con un deterioro mayúsculo del entorno urbano y, desde luego, amplios conglomerados humanos en situaciones de pobreza.

El avance de la ciudad o, mejor dicho, la expansión del entorno urbano se ha tragado literalmente amplias zonas anteriormente dedicadas al cultivo de productos agrícolas y esta dinámica plantea enormes retos para sus habitantes, así como para sus gobiernos. En efecto, mientras las autoridades en sus distintos niveles se plantean la necesidad de atender necesidades humanas en entornos urbanos, la dinámica misma del crecimiento de éstos impide revertir la tendencia porque la intervención de los gobiernos va a la zaga de los procesos de poblamiento. La movilidad forzada de las personas del campo a la ciudad a raíz de las políticas de ajuste económico y la apertura a los mercados externos, así como la falta de planeación, dieron origen a la proliferación de amplios cinturones urbanos donde impera la pobreza, la falta de certeza jurídica sobre la apropiación del suelo, la carencia casi absoluta de los servicios básicos, un deterioro ambiental que pone en riesgo a la población y la ausencia de autoridad que tiene por consecuencia altos índices de criminalidad y violencia, así como una sensación de inseguridad cada vez más intensa.

Para Davis, el resultado de esta dinámica imparable de urbanización en el planeta originada por la implantación de políticas neoliberales, ha sido la proliferación de “áreas urbanas hiperdegradadas”. Los nuevos residentes de las ciudades no sólo están alejados de los beneficios que significa el mercado formal de la vivienda, sino que, con frecuencia, se ven orillados a instalarse en las zonas periféricas en donde impera un mercado “informal” del suelo, que es para lo que les alcanza frente a una inserción atrofiada o fragmentaria en el mercado laboral.

“Así pues, las ciudades del futuro se encuentran lejos del cristal y el acero con que las imaginaban generaciones anteriores de urbanistas: la realidad nos presenta un panorama de ladrillo sin cocer, paja, plástico reutilizado, bloques de cemento y tablonces de madera. En lugar de ciudades elevándose hacia el cielo, la mayor parte del mundo urbano del siglo XXI se mueve en la miseria, rodeado de contaminación, desechos y podredumbre” (Davis: 2006, pp. 32).

No obstante, las formas más dinámicas de crecimiento de las ciudades en el futuro cercano se presentarán en los espacios urbanos de menor rango (Davis, op. cit). El gran dilema de estas ciudades de menor escala frente a las megalópolis, es que aquellas presentan problemas para planear su desarrollo en el futuro inmediato; por lo tanto, tendrán dificultades para albergar a un número mayor de habitantes con las consecuencias que esto tiene en términos de la provisión de vivienda y servicios públicos.

Como estos nuevos asentamientos en ciudades intermedias operan en los intersticios de las megaurbanizaciones y las zonas rurales, que para algunos significa una suerte de “urbanización difusa” y para otros más bien se trata de un nuevo modelo de urbanización descentrada o policéntrica, en donde no es identificable la tradicional relación centro-periferia que caracterizaba la urbanización clásica. En el caso de América Latina, por ejemplo, el mayor dinamismo urbanizador está ocurriendo en ciudades que alcanzan un poco más de medio millón de habitantes, como ha estado ocurriendo en ciudades como Santa Cruz (Bolivia), Valencia (Venezuela), Tijuana (México), Curitiba (Brasil), Temuco (Chile), Bucaramanga (Colombia); entre otras. Así, los nuevos espacios de la urbanización emergente en el nuevo siglo operan en aquellas zonas de ambigüedad entre lo rural y las megaciudades, cuestión que para algunos significa una forma renovada de urbanización basada en la región. (Davis, op. cit).

Sin embargo, lo más importante del argumento que sostiene una correlación directa entre industrialización y urbanización, tiene como fin llamar la atención no sólo sobre el supuesto proceso desindustrializador, sino más aún indicar la discontinuidad entre la implantación de la industria y el empleo. Con otras palabras, ya no pueden cumplirse, más que de manera atrofiada, las expectativas de empleo generadas a partir de la instalación de la industria en las ciudades debido a la revolución tecnológica y las políticas de ajuste neoliberales; lo que produce es una gran masa de trabajadores con empleos precarios e incluso su absorción en actividades de la economía informal. En este sentido, los procesos urbanizadores en curso tienden más que a generar empleos a reproducir la pobreza, originando espacios urbanos hiperdegradados en donde imperan mecanismos informales o abiertamente ilegales para el acceso a bienes indispensables como el suelo para la vivienda y los servicios.

2. ¿Cuáles son las dinámicas en los nuevos patrones de urbanización de América Latina?

Frente a estas inquietantes transformaciones de lo urbano y el carácter rápido y simultáneo de estos procesos, es necesario describir, aunque sea de una forma panorámica, algunos de los elementos que caracterizan los nuevos patrones de urbanización tomando el caso de América Latina.

Para De Matos (2002), por ejemplo, la globalización neoliberal tiene al menos cinco consecuencias que impactan las dinámicas urbanas. En primer lugar, una transformación de la “organización y el funcionamiento de la ciudad” que consiste en la implantación de un modelo económico metropolitano basado en los servicios que operan en forma de red, “articuladas en el marco de un espacio mundial de acumulación, donde los capitales se valorizan en un número creciente de lugares y de actividades”. Lo que observamos, en este sentido, es el tránsito de un modelo de urbanización basado en una reproducción autocentrada de la ciudad, a un esquema de vínculos jerarquizados que funciona bajo la lógica de una red.

Un segundo elemento de cambio se relaciona con los mercados de trabajo. La ciudad actual opera sobre la segmentación de los mercados de trabajo produciendo, por una parte, la demanda de un tipo de empleo altamente cualificado que prefigura un consumidor con altos niveles de ingreso y con patrones de consumo sofisticados. Por otro lado, un mercado laboral cuya característica principal es la precariedad y al que se incorporan la gran mayoría de los trabajadores con bajos niveles de instrucción formal. En este escenario, en las áreas urbanas metropolitanas se acentúan los procesos de segregación espacial, desigualdad, pobreza y un incremento sustantivo de la inseguridad y la violencia (De Mattos, *op. Cit.*).

De Mattos añade como tercer elemento, el impacto del capital inmobiliario a través de la inyección de recursos del capital financiero altamente especulativo, que ha provocado una transformación física de los entornos urbanos metropolitanos implantando megaproyectos urbanos cuyo fin principal es la valorización del capital invertido y que pueda ser movilizado sin restricciones. Este hecho contribuye negativamente al desarrollo de ciudades integradas y favorece la implantación de un modelo urbanizador altamente desarticulado (De Mattos, *op. Cit.*).

Un cuarto elemento se vincula con el cambio de escala en la que ahora se configuran los entornos urbanos jerarquizados. En efecto, bajo el predominio de un esquema de funcionamiento basado en redes y nodos interconectados, las megalópolis contemporáneas reestructuran su fisonomía haciendo abstracción de las distancias y reubicando empresas y personas, favoreciendo los flujos mediante el diseño de infraestructuras para una movilidad e intensificando el uso de las nuevas tecnologías de la información. Con otras palabras, la localización dispersa de empresas y personas no es un obstáculo cuando el diseño del entorno urbano metropolitano favorece los flujos de bienes y trabajadores a través del uso de la tecnología; cuando las trayectorias entre lo virtual y lo real se realizan en el menor tiempo y costo posibles (De Mattos, *op. Cit.*).

Finalmente, el quinto elemento tiene que ver con las transformaciones de “la imagen y el paisaje urbanos”. Conforme avanzan los procesos globalizadores en la ciudad, esta va reorganizando sus dinámicas e instrumentos para respaldar las necesidades de las empresas que operan a escala mundial. Se impone, en este caso, una suerte de arquitectura funcional a las necesidades de empresas globales transformando y adecuando el diseño de las ciudades, renovando los usos y el diseño del entorno urbano bajo el imperativo de los grandes capitales translocales operando en red (De Mattos, *op. cit.*).

3. Consideraciones finales

Con la implantación del modelo económico de libre mercado y la desregulación estatal, América Latina ha experimentado momentos de prosperidad sin modificar sustancialmente las desigualdades existentes de etapas históricas previas. Aunque pueden localizarse diferencias por país, lo cierto es que varias de las economías y estados latinoamericanos vivieron en los años 90 y la primera década del nuevo siglo, momentos de auge económico resultado de los altos precios de las materias primas en el mercado global.

No obstante, ello no eliminó la desigualdad entre países y personas, sino que concentró la riqueza en pocas manos, al tiempo en que se concentraba la pobreza en las zonas urbanas.

Como hemos tratado de reseñar en el presente trabajo, este escenario acentuó más los problemas que ya se venían presentando en las etapas previas de la urbanización en América Latina. Así, la gran mayoría de las áreas urbanas más dinámicas de los países latinoamericanos padecen ahora un caudal de pobreza y pobreza extrema en sus territorios. Vale recordar que más del 50% de la pobreza en América Latina se concentra precisamente en los espacios urbanos, tal y como se presenta en la mayoría de las ciudades importantes de América Latina, como ocurre en Lima, Sao Paulo, Río de Janeiro, Bogotá, Buenos Aires o la Ciudad de México. De acuerdo con los reportes del Programa de Naciones Unidas para los Asentamientos Humanos (ONU-Hábitat), durante 2013 “más de 860 millones de personas” vivían en zonas o barrios marginales; mientras que en el año 2000 la cifra era de 725 millones. De la totalidad de personas que en 2013 vivían en asentamientos pobres, América Latina aportaba poco menos del 15%, ya que más de 110 millones de ellos habitaban los espacios más deteriorados de los entornos urbanos.

Estos procesos han implicado, también, el retiro del Estado como proveedor de los servicios sociales indispensables en las ciudades, abriendo el espacio a los agentes privados en el manejo y distribución del agua o los desechos urbanos que, a su vez, provocan no sólo el incremento de los costos sino, además, procesos de exclusión de un número cada vez mayor de habitantes.

En el nuevo escenario de la urbanización interconectada en diferentes escalas del territorio, se redefinen funciones y espacios en las ciudades. Por ejemplo, las dinámicas gentrificadoras sobre todo en las zonas centrales de las ciudades o en lugares emblemáticos de ellas por el tipo de construcción cuyo valor arquitectónico, monumental e histórico, ofrece oportunidades de negocios para los grandes consorcios inmobiliarios mediante el consumo y el desplazamiento mundial de turistas.

Por otra parte, hemos intentado enfatizar que los espacios más dinámicos de la urbanización en América Latina se están presentando en las ciudades de rango mediano, las que ahora soportan el mayor peso de la concentración de habitantes en entornos urbanos a menudo precarios. Aunque las grandes macrociudades tipo Sao Paulo y Ciudad de México no han dejado de crecer tampoco, no es menos cierto que han disminuido sus tasas de crecimiento. Todas estas interconectadas a los circuitos de la economía global.

Además, si bien los procesos urbanizadores en curso reciben los estímulos más fuertes desde los ejes de la dominación del capitalismo global actual, no es menos cierto que se trata de una situación muy heterogénea en sus impactos. En otras palabras, aunque todas las ciudades latinoamericanas soportan el peso de la globalización, cada una de ellas vive de maneras distintas sus consecuencias.

La nueva gestión urbana implica pasar a la cooperación entre agentes diversos, de tal forma que puedan articularse en el espacio urbano las distintas visiones que emergen de lo público, lo privado y lo comunitario. El reto es enorme, pero el eje de todo esto es la complementariedad, el reconocimiento al mejor argumento y la renuncia expresa a formas de poder para ejercer un dominio no basado en principios normativos colectivamente aceptados. Todo ello con el fin de construir un entorno urbano sustentable y desde una perspectiva humanista.

Referencias

Carrión, Fernando (2001), *La ciudad construida. Urbanismo en América Latina*. Flacso Ecuador / Junta de Andalucía, Quito, Ecuador.

CAF/Banco de Desarrollo de América Latina (2011), *Desarrollo urbano y movilidad en América Latina, Panamá*.

Davis, Mike (2014), *Planeta de ciudades miseria*. Akal, España.

De Mattos, Carlos (2002), Transformación de las ciudades latinoamericanas. ¿Impactos de la globalización? *EURE* (Santiago) vol.28 no.85 Santiago Dec. 2002. Recuperado en julio de 2016 de: <http://dx.doi.org/10.4067/S0250-71612002008500001>, Santiago.

Gilbert, Alan (1997), *La ciudad latinoamericana*. Siglo XXI, México.

McGuirk, Justin (2015), *Ciudades radicales. Un viaje a la nueva arquitectura latinoamericana*, Turner publicaciones, España.

ONU-Hábitat (2012), *Estado de las ciudades. Rumbo a una nueva transición urbana*, Brasil. Disponible en http://zaragoza.es/contenidos/medioambiente/onu//newsletter12/887_spa.pdf

Pinto da Cunha, José Marcos (2002), “Urbanización, redistribución espacial de la población y transformaciones socioeconómicas en América Latina”. In *Población y Desarrollo* 30, Proyecto Regional de Población 2000-2003 CELADE-FNUAP (Fondo de Población de las Naciones Unidas). Centro Latinoamericano y Caribeño de Demografía (CELADE)-División de Población, Santiago de Chile.

¹ Conviene recordar aquí que, en efecto, dado el flujo de mercancías y personas, el gobierno de la república propuso la construcción de una vía de ferrocarril que uniera la Ciudad de México y Querétaro, mediante un tren de alta velocidad que abreviaría los tiempos de traslado de poco más de 2 horas a tan sólo 40 minutos. Como se hizo público, el proyecto fracasó por los malos manejos en los contratos y la presunta corrupción en la adjudicación de la obra.

² Es necesario tomar con cierta prudencia este argumento de Davis (2006), puesto que la hipótesis que sostiene sobre la correlación directa entre urbanización e industrialización no siempre opera a la luz de las experiencias empíricas; México es un caso atípico de lo contrario al menos en esta coyuntura. Este es un modelo que sobre todo operó en los países centrales durante el siglo XX, pero no necesariamente es el mismo caso en los países en desarrollo.